



Introducción a la semana

El libro de los Jueces cuenta la historia de Israel desde la llegada a la tierra prometida hasta el comienzo de la monarquía, un tiempo revuelto en que los israelitas se mezclan con los pueblos ocupados y adoptan sus dioses. Los “jueces” son líderes carismáticos, que no sólo juzgan, sino que gobiernan durante una época en que apenas hay instituciones civiles. Su misión es reprochar al pueblo sus constantes infidelidades (sobre todo la idolatría) frente a la fidelidad de Dios y procurar que se enmiende para obtener de nuevo el favor de Dios.

Algunos actos de estos jueces manifiestan, por su crueldad, que todavía estamos en tiempos bárbaros, muy lejos del espíritu del Evangelio, aunque, por otra parte, sean reflejo de la seriedad con que se trata de cumplir los compromisos adquiridos ante Dios. Es importante apreciar su valor, pese a todo, situándolos en su contexto histórico. También se ridiculiza a la monarquía, que todavía Israel no ha inaugurado en su propio suelo: es un timbre de gloria depender sólo de Dios, sin intermediarios institucionales. Al final de la semana, el libro de Rut exalta los valores familiares y la bendición de Dios sobre los que le son fieles (en este caso, las mujeres principalmente).

Nuevamente leemos una serie de parábolas de Jesús, que subrayan aspectos de su predicación sobre el reino: el riesgo que corren los que lo rechazan, el peligro de las riquezas, la hipocresía de los que contradicen con su conducta lo que enseñan de palabra, la generosidad desconcertante de Dios y la radicalidad que supone el mandamiento de amarlo con todo el ser, amando a la vez consecuentemente al prójimo.

Lun
17
Ago
2015

Evangelio del día

Vigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

Hoy celebramos: San Jacinto de Polonia (17 de Agosto)

“Al oír esto, el joven se fue triste, porque era rico”

Primera lectura

Lectura del libro de los Jueces 2,11-19

En aquellos días, los israelitas hicieron lo que el Señor reprueba, dieron culto a los ídolos; abandonaron al Señor, Dios de sus padres, que los habla sacado de Egipto, y se fueron tras los otros dioses, dioses de las naciones vecinas, y los adoraron, irritando al Señor. Abandonaron al Señor y dieron culto a Baal, y a Astarté. El Señor se encolerizó contra Israel: los entregó a bandas de saqueadores que los saqueaban, los vendió a los enemigos de alrededor, y los israelitas no podían resistirles. En todo lo que emprendían, la mano del Señor se les ponía en contra, exactamente como él les habla dicho y jurado, llegando así a una situación desesperada. Entonces el Señor hacía surgir jueces, que los libraban de las bandas de salteadores; pero ni a los jueces hacían caso, sino que se prostituían con otros dioses, dándoles culto, desviándose muy pronto de la senda por donde habían caminado sus padres, obedientes al Señor. No hacían como ellos. Cuando el Señor hacía surgir jueces, el Señor estaba con el juez; y, mientras vivía el juez, los salvaba de sus enemigos, porque le daba lástima oírlos gemir bajo la tiranía de sus opresores. Pero, en cuanto moría el juez, recalán y se portaban peor que sus padres, yendo tras otros dioses, rindiéndoles adoración; no se apartaban de sus maldades ni de su conducta obstinada.

Salmo

Sal 105 R/. Acuérdate de mí, Señor, por amor a tu pueblo

No exterminaron a los pueblos
que el Señor les había mandado;
emparentaron con los gentiles,
imitaron sus costumbres. R/.

Adoraron sus ídolos y cayeron en sus lazos;
inmolaron a los demonios sus hijos y sus hijas. R/.

Se mancharon con sus acciones
y se prostituyeron con sus maldades.
La ira del Señor se encendió contra su pueblo,
y aborreció su heredad. R/.

Cuántas veces los libró;
mas ellos, obstinados en su actitud,
perecían por sus culpas;
pero él miró su angustia,

y escuchó sus gritos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 19,16-22

En aquel tiempo, se acercó uno a Jesús y le preguntó: «Maestro, ¿qué tengo que hacer de bueno para obtener la vida eterna?» Jesús le contestó: «¿Por qué me preguntas qué es bueno? Uno solo es Bueno. Mira, si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.»

Él le preguntó: «¿Cuáles?»

Jesús le contestó: «No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo.»

El muchacho le dijo: «Todo eso lo he cumplido. ¿Qué me falta?»

Jesús le contestó: «Si quieres llegar hasta el final, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres -así tendrás un tesoro en el cielo- y luego vente conmigo.»

Al oír esto, el joven se fue triste, porque era rico.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Se fueron tras otros dioses”

Nos encontramos en el Antiguo Testamento, donde Yahvé selló una alianza con el pueblo judío. “Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo”. El pueblo se comprometió a tener a Yahvé como su único Dios y Señor. Sabemos que Dios cumplió su promesa, siempre tuvo al pueblo judío como a su pueblo, el “pueblo de Dios”, pero, como nos recuerda la primera lectura, el pueblo judío no siempre cumplió su palabra y se fue detrás de otros dioses: “dieron culto a los ídolos, abandonaron al Señor, Dios de sus padres”. Yahvé usó todas las medidas posibles para atraer a su pueblo: “el Señor se encolerizó contra Israel: los entregó a bandas de saqueadores que los saqueaban”. Pero también les envió Jueces que “los salvaban de sus enemigos”.

Nos encontramos ante la repetida tragedia del pueblo judío: abandonar al verdadero Dios y adorar falsos dioses, a ídolos. Tragedia, porque esos ídolos le dan mucho menos que lo que les ofrecía el Señor.

Nosotros, los cristianos del siglo XXI, estamos enrolados en la alianza que Cristo Jesús ha sellado con toda la humanidad. Nos ha regalado su vida, su palabra, su amor, su luz, su cuerpo, su sangre, su persona... y nosotros le hemos prometido que le seguiremos “donde quiera que vaya”. También nosotros podemos cometer la locura de volver la espalda a Cristo Jesús e ir en busca de la felicidad deseada por otros caminos, sirviendo a otros ídolos. Pero bien sabemos que Él siempre mantiene la puerta de su casa y de su corazón abiertas para recibirnos con los brazos extendidos cuando volvamos de nuevo a él.

“Al oír esto, el joven se fue triste, porque era rico”

Lo que acabamos de comentar en el ámbito general, el evangelio de hoy lo subraya con una persona concreta, pero se mantiene el mismo esquema y la misma tragedia. Un joven se acerca a Jesús pidiéndole que le muestre el camino para conseguir la vida eterna. Jesús le indica los mandamientos, que el joven dice cumplir. Entonces Jesús le propone vender todos sus bienes, dar el dinero a los pobres y “luego vente conmigo”. Jesús le ofrece su amistad, su luz, su ternura, el camino de una esperanza para esta vida y una esperanza para una vida eterna de total felicidad... pero el joven, creyendo que el dinero le da más que Jesús, deja a Jesús, y aunque triste, se va con su dinero. Jesús también debió quedar triste por el joven, porque había hecho una elección equivocada. El camino elegido no le iba a llevar a la vida, al gozo de vivir.

Los dominicos celebramos hoy la fiesta de San Jacinto de Polonia. Nació a finales del siglo XII en Kamién, diócesis de Breslavia. Siendo canónigo de la iglesia de Cracovia, fue a Italia. En Roma, conoció a Santo Domingo y en 1220 recibió de sus manos el hábito dominicano. En el verano de 1221 Santo Domingo lo designó para propagar la Orden en Polonia. Misión que cumplió con mucho celo. Murió en el convento de Cracovia el 15 de agosto de 1257 y allí se venera su cuerpo.



Fray Manuel Santos Sánchez
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

San Jacinto de Polonia

Jacobo (Jacko), nombre más tarde cambiado en Jacinto, nació de la familia Odrowac a finales del s. XII en Kamién, cerca de Breslavia (Polonia). Siendo ya canónigo de Cracovia vino a Italia y en Roma conoció a santo Domingo y de sus manos recibió el hábito dominicano y el destino de extender la Orden en su patria, junto con fray Enrique de Moravia y el beato Ceslao. Fundó los conventos de Gands (Dantzig) y Kiel y fue un ferviente predicador que buscó la paz y la unidad. Se distinguió por el candor de su vida y la devoción a María. Desde 1238 se estableció en Cracovia, donde murió el 15 de agosto de 1257 y allí se venera su cuerpo. Fue canonizado el 17 de abril de 1594.

Desde pequeño San Jacinto de Polonia manifiesta inclinación por la oración y el estudio, aptitudes que son apoyadas por sus padres. Su carácter es dócil y creativo. Joven aún ingresa en la universidad de Bolonia, donde obtiene el grado de Doctor en Teología y Derecho. Terminados sus estudios se incorpora a una comunidad de presbíteros en Cracovia. En ella se distingue por su lealtad y sinceridad en el trato y aunque las ocupaciones eran muchas, no son impedimento para entregarse a la oración y otros ejercicios de piedad. Sirve a los enfermos en los hospitales y reparte limosnas entre pobres y necesitados. Por su ciencia y sabiduría al interpretar los acontecimientos a la luz de la Palabra de Dios, se persuade de que los bienes eclesiásticos nunca están tan seguros, ni fructifican tanto como cuando están en manos de los pobres.

Apóstol infatigable, los últimos cuarenta años fueron de sacrificios incontables, de trabajos apostólicos, de provincias enteras convertidas, de diócesis erigidas, de templos levantados, hospitales, conventos, asilos... Lo mismo en Europa y en Asia que en la India, entre cristianos o no creyentes.

San Jacinto de Polonia es un hombre pobre, de profunda oración y que aprende no sólo en los libros sino también de su pueblo en su actividad apostólica. De regreso a Cracovia encontrándose próximo a la muerte exhorta a los hermanos a vivirla pobreza evangélica, "porque ella es el documento y el sello que nos da derecho a la vida eterna"

Jacinto de Polonia encuentra en Jesús y María apoyo para liberar al Pueblo de Dios mediante su ministerio de predicación itinerante.

Más información en nuestra sección de [Grandes Figuras](#)

Mar
18
Ago
2015

Evangelio del día

Vigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: Beato Manés de Guzmán (18 de Agosto)

“Entonces, ¿quién puede salvarse?”

Primera lectura

Lectura del libro de los Jueces 6,11-24a

En aquellos días, el ángel del Señor vino y se sentó bajo la encima, de Ofrá, propiedad de Joás de Abiezer, mientras su hijo Gedeón estaba trillando a látigo en el lagar, para esconderse de los madianitas.

El ángel del Señor se le apareció y le dijo: «El Señor está contigo, valiente.»

Gedeón respondió: «Perdón, si el Señor está con nosotros, ¿por qué nos ha venido encima todo esto? ¿Dónde han quedado aquellos prodigios que nos contaban nuestros padres: "De Egipto nos sacó el Señor". La verdad es que ahora el Señor nos ha desamparado y nos ha entregado a los madianitas.»

El Señor se volvió a él y le dijo: «Vete, y con tus propias fuerzas salva a Israel de los madianitas. Yo te envío.»

Gedeón replicó: «Perdón, ¿cómo puedo yo librar a Israel? Precisamente mi familia es la menor de Manasés, y yo soy el más pequeño en la casa de mi padre.»

El Señor contestó: «Yo estaré contigo, y derrotarás a los madianitas como a un solo hombre.»

Gedeón insistió: «Si he alcanzado tu favor, dame una señal de que eres tú quien habla conmigo. No te vayas de aquí hasta que yo vuelva con una ofrenda y te la presente.»

El Señor dijo: «Aquí me quedaré hasta que vuelvas.» Gedeón marchó a preparar un cabrito y unos panes ázimos con media fanega de harina; colocó luego la carne en la cesta y echó el caldo en el puchero; se lo llevó al Señor y se lo ofreció bajo la encima.

El ángel del Señor le dijo: «Coge la carne y los panes ázimos, colócalos sobre esta roca y derrama el caldo.» Así lo hizo.

Entonces el ángel del Señor alargó la punta del cayado que llevaba, tocó la carne y los panes, y se levantó de la roca una llamarada que los consumió. Y el ángel del Señor desapareció.

Cuando Gedeón vio que se trataba del ángel del Señor, exclamó: «¡Ay Dios mío, que he visto al ángel del Señor cara a cara!»

Pero el Señor le dijo: «¡Paz, no temas, no morirás!»

Entonces Gedeón levantó allí un altar al Señor y le puso el nombre de «Señor de la Paz.»

Salmo

Sal 84,9.11-12.13-14 R/. El Señor anuncia la paz a su pueblo

Voy a escuchar lo que dice el Señor:

«Dios anuncia la paz
a su pueblo y a sus amigos
y a los que se convierten de corazón.» R/.

La misericordia y la fidelidad se encuentran,
la justicia y la paz se besan;
la fidelidad brota de la tierra,
y la justicia mira desde el cielo.

El Señor nos dará la lluvia,
y nuestra tierra dará su fruto.
La justicia marchará ante él,
la salvación seguirá sus pasos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 19, 23-30.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Os aseguro que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Lo repito: Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios.»

Al oírlo, los discípulos dijeron espantados: «Entonces, ¿quién puede salvarse?»

Jesús se les quedó mirando y les dijo: «Para los hombres es imposible; pero Dios lo puede todo.»

Entonces le dijo Pedro: «Pues nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos va a tocar?»

Jesús les dijo: «Os aseguro: cuando llegue la renovación, y el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, también vosotros, los que me habéis seguido, os sentaréis en doce tronos para regir a las doce tribus de Israel. El que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, mujer, hijos o tierras, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna. Muchos primeros serán últimos y muchos últimos serán primeros.»

Reflexión del Evangelio de hoy

El Señor de la Paz salva a su pueblo

Nada fácil fue la vocación de Gedeón ni la tarea que ella conllevaba: liberar a Israel del poder de Madián. El texto indica que la misión, aunque ardua, contaba con el dato previo de la fuerza del llamado y la indudable fuerza del que le llama, el Dios de su pueblo: dos fuerzas que dan garantías para la salvación de Israel. Ciertamente Gedeón pone alguna objeción referente sobre todo a la insignificancia de su familia, que no pasa de ser una declaración un tanto exagerada de modestia, pero es un dato obligado de confesión propia de indignidad ante la llamada del Señor. Es el Señor, no podía ser de otra manera, quien supera la dificultad con mensajes de ánimo y voluntad de estar siempre con su pueblo y su elegido Gedeón. Pero éste, en una porfía muy propia de estas situaciones, pide una señal, y lo extraordinario consiste en que la señal solicitada acredita que es el Señor quien habla a Gedeón, no que tendrá éxito la tarea asignada; la señal es dada y se convence de que ha visto al Señor. Y allí se levanta acta del encuentro con Dios erigiendo un altar, porque en ese lugar se apareció el Señor y lo había saludado con el gesto de la paz. Por eso Gedeón conducirá a su pueblo en nombre del Señor de la paz, porque solo Él es garantía para el pueblo de bienestar, concordia y armonía.

Para los hombres es imposible salvarse, para Dios es posible

No es suficiente acercarse a Jesús con el único currículo de haber cumplido con exactitud la ley de Moisés, se requiere avanzar y despojarse de todo aquello que no deja seguir al Maestro con toda libertad y sin ningún peaje que distorsione el seguimiento. De ahí, la oportuna advertencia de Jesús sobre el hándicap que supone la riqueza para el discípulo, no que ésta sea condenada sin más. Parece imposible que los hombres renuncien a todas las seguridades que en nuestro mundo ofrece la abundancia de recursos económicos (fama, poder, influencia, poder...), tornándose éstos en ídolos que demandan ciega sumisión, lesa inhumanidad. Pero bueno es que no olvidemos que el seguimiento del Señor es más un don de la gracia que un logro personal, por eso no es imposible para Dios. ¿Recompensa de seguir en fidelidad al Maestro? No sólo encontrar una nueva familia a cambio de la que el seguidor deja, sino también la mejor alegría, la insobornable esperanza, la vida eterna. En otro lugar Jesús nos indica que se trata de ser rico para Dios, pues solo desde ahí podemos ser abundantes en el generoso servicio fraterno; porque ser rico para los hombres empobrece no solo el propio corazón sino también el medio ambiente de los hermanos.

Fray Manés de Guzmán, hermano de sangre y de fe de Domingo de Guzmán, apoyo y confidente del Padre de los Predicadores fue no solo un convincente puntal en la expansión inicial de los dominicos por Europa, sino también un exquisito espíritu contemplativo.

El seguimiento de Jesús ¿compromete a vivir lo que se cree o es sólo cuestión de tener un rótulo identificador?

La paz no es cuestión solo de buenas maneras ¿llama a una profunda conversión a la fraternidad?

Fr. Jesús Duque O.P.

Convento de Santo Domingo de Scala-Coeli (Córdoba)



Beato Manés de Guzmán

Manés (originariamente: Mamés) es hermano de santo Domingo y fue de gran ayuda a su hermano en la fundación de la Orden ya que en 1217 lo envió con otros frailes a París y en 1219 le encomendó el cuidado de las monjas de Madrid. Según fray Rodrigo de Cerrato, cuando conoció en 1234 la canonización de su hermano, fue a Caleruega y allí predicó a sus paisanos y decidió fundar en el lugar de su nacimiento el actual monasterio dominicano de clausura. Fue imitador perfecto de la santidad de Domingo y eligió desde el primer momento la forma de vida de los Frailes Predicadores. Era hombre contemplativo, apacible y humilde. Murió hacia 1235/1236, probablemente en Caleruega, pero su cuerpo se veneraba en el monasterio cisterciense de Gumiel de Izán, hoy destruido. Su culto fue confirmado el 2 de junio de 1834.

Semblanza Espiritual

Todas las fuentes destacan en Manés (Mamés o Mamerto) su carácter recogido y contemplativo. Dando por hecho que fuera el segundo de los tres hermanos, y en función de los roles asignados en la época, el lugar de Manés en la familia Guzmán y Aza pudo ser en ocasiones más discreto que el de los otros dos hermanos que tuvieron más protagonismo en función de su condición de primogénito (Antonio) y de la trayectoria del pequeño (Domingo). Habría pues que preguntarse si el rol familiar de Manés en la familia forjó su carácter discreto y sencillo, o bien si éste fue reforzado por dicho rol.

En la personalidad de Manés podemos adivinar rasgos comunes con Domingo: austeridad, sobriedad y rudeza del varón castellano. También coinciden en la inclinación y curiosidad por ir más allá de los amplios horizontes de Castilla. Su espíritu de servicio y acoplamiento al proyecto fundacional de su hermano muestra que tiene talante de gregario y hombre de segunda línea y no por ello menos importante.

Igualmente, Manés deja entrever un talante comunitario, obediente y en función de la misión que se le presentaba. Su forma de ser y su manera de hacer muestra un destello dominicano: hacerse a sí mismo mientras se hace la comunidad y viceversa, hacer la comunidad mientras se hace uno mismo.

Más información en nuestra sección de [Grandes Figuras](#)

Mié

19
Ago

2015

Evangelio del día

Vigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Los últimos serán los primeros y los primeros los últimos”

Primera lectura

Lectura del libro de los Jueces 9,6-15

En aquellos días, los de Siquén y todos los de El Terraplén se reunieron para proclamar rey a Abimelec, junto a la encina de Siquén. En cuanto se enteró Yotán, fue y, en pie sobre la cumbre del monte Garizín, les gritó a voz en cuello: «¡Oídrme, vecinos de Siquén, así Dios os escuche! Una vez fueron los árboles a elegirse rey, y dijeron al olivo: "Sé nuestro rey." Pero dijo el olivo: "¿Y voy a dejar mi aceite, con el que engordan dioses y hombres, para ir a mecirme sobre los árboles?" Entonces dijeron a la higuera: "Ven a ser nuestro rey." Pero dijo la higuera: "¿Y voy a dejar mi dulce fruto sabroso, para ir a mecirme sobre los árboles?" Entonces dijeron a la vid: "Ven a ser nuestro rey." Pero dijo la vid: "¿Y voy a dejar mi mosto, que alegra a dioses y hombres, para ir a mecirme sobre los árboles?" Entonces dijeron a la zarza: "Ven a ser nuestro rey." Y les dijo la zarza: "Si de veras queréis ungirme rey vuestro, venid a cobijaros bajo mí sombra; y si no, salga fuego de la zarza y devore a los cedros del Líbano."»

Salmo

Sal 20,2-3.4-5.6-7 R/. Señor, el rey se alegra por tu fuerza

Señor, el rey se alegra por tu fuerza,
¡y cuánto goza con tu victoria!
Le has concedido el deseo de su corazón,
no le has negado lo que pedían sus labios. R/.

Te adelantaste a bendecirlo con el éxito,
y has puesto en su cabeza una corona de oro fino.

Te pidió vida, y se la has concedido,
años que se prolongan sin término. R/.

Tu victoria ha engrandecido su fama,
lo has vestido de honor y majestad.
Le concedes bendiciones incesantes,
lo colmas de gozo en tu presencia. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 20,1-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: «El reino de los cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña. Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo: "Id también vosotros a mi viña, y os pagaré lo debido." Ellos fueron. Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde e hizo lo mismo. Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: "¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?" Le respondieron: "Nadie nos ha contratado." Él les dijo: "Id también vosotros a mi viña." Cuando oscureció, el dueño de la viña dijo al capataz: "Llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros." Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. Entonces se pusieron a protestar contra el amo: "Estos últimos han trabajado sólo una hora, y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno. Él replicó a uno de ellos: "Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?" Así, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Los designios de Dios son inescrutables

Este fragmento de Jueces, narra una pequeña parábola que Jotam pronuncia ante los vecinos de Siquem. Su hermanastro Abimelek, se ha proclamado rey de Siquem, destronando y matando a los setenta herederos de Gedeón y persigue a Jotam que ha podido huir.

La historia del pueblo de Israel se va conformando en una trayectoria enrevesada, con momentos de fidelidad al Señor y otros de confusión y regresión idolátrica hacia dioses terrenales. Pero la presencia del Señor y su fidelidad son para siempre. El mismo Jotam invoca la conciencia recta de los vecinos de Siquem y su recta disposición ante el Señor para aceptar el destino que el nombramiento de Abimelek como rey significa para el Pueblo de Dios y para su futuro personal. Son tiempos confusos, en el reino del norte que conforman la historia de Israel. La figura del Rey es contestada y el mismo Yahvéh ha perdido intensidad salvadora en el pueblo.

Estos relatos nos animan a no perder de vista la providencia divina que muchas veces escribe recto con renglones torcidos, que desaparece de lo evidente y nos fuerza a hacer un ejercicio mayor de fe en nuestras vidas, pero que a la postre siempre está presente y podemos abandonarnos a su amorosa benevolencia.

Y su justicia no tiene medida

En esta parábola de los operarios de la viña, o quizá mejor, del dueño generoso, resalta la concepción mercantilista que encuadra muchas de nuestras apreciaciones vitales. La parábola ejemplifica la sucesiva afluencia a la viña a lo largo del día y como a cada uno se le da el salario convenido, que va a ser el mismo para todos ellos. Difícil de entender desde la proporcionalidad, pero justo al recibir lo acordado, sin sustraerle un céntimo.

Mateo pone esta parábola en un conjunto de textos catequéticos pronunciados ante los fariseos. Jesús habla aquí de la misericordia y la magnanimidad del Padre, pero también esconde una lección catequética: el amo da a todos la misma recompensa, un denario, cada uno desde su momento y su circunstancia. Jesús proclama la gratuidad de Dios, que es bondad y misericordia, frente a la moral del cumplimiento y del mérito que patrocinaban los fariseos. Es el momento de los últimos, los que gozan del favor de Dios, de los pecadores, enfermos y marginados con los que Jesús se mezcla y a los que promete el Reino de Dios. La justicia de Dios sobrepasa toda justicia humana. No nos salvan nuestras buenas obras, como dice Jesús al joven rico, sino el amor gratuito de Dios, su bondad infinita que convierte nuestros corazones y nos hace participar en un desprendimiento de nosotros mismos para transmitir y engrandecer ese amor divino.

Nuestra vida cristiana no puede estructurarse sobre una contabilidad de debe-haber respecto a Dios, ni sobre una religiosidad de «cumplimiento», sino sobre el reconocimiento y la aceptación de su don y gracia que nos preceden siempre. Es cierto que Dios espera nuestra respuesta agradecida, nuestra colaboración libre y responsable, nuestra generosidad y magnanimidad en transmitir ese amor que tan gratuitamente recibimos de Él que siempre acompaña y cobija nuestro caminar. Y sentir ese manto, esa presencia de Dios en nuestra vida, debe hacernos generosos y valientes para transmitir y llevar a los últimos, a los más desvalidos y necesitados, a los que esperaban a última hora para ser llamados a la viña, toda la fuerza y la alegría que da saberse queridos por Dios.

Que como decía S. Pablo, el Señor nos ayude a llevar una vida digna del mensaje del Evangelio, y seamos referencia viva de la misericordia infinita de Dios.

- ¿Vivimos esa presencia de Dios en nuestra vida como un momento de gracia, de cariño, de fuerza revitalizante que nos haga alegrarnos en la grandeza de Dios?

- ¿Tenemos una mentalidad cicatera y mercantil en nuestras relaciones fraternas reservando los dones recibidos para nuestro exclusivo disfrute?



D. Oscar Salazar, O.P.
Fraternidad San Martín de Porres (Madrid)

Jue
20
Ago
2015

Evangelio del día

Vigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: San Bernardo de Claraval (20 de Agosto)

“Salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos”

Primera lectura

Lectura del libro de los Jueces 11.29-39a

En aquellos días, el espíritu del Señor vino sobre Jefé, que atravesó Galaad y Manasés, pasó a Atalaya de Galaad, de allí marchó contra los amonitas, e hizo un voto al Señor: «Si entregas a los amonitas en mi poder, el primero que salga a recibirme a la puerta de mi casa, cuando vuelva victorioso de la campaña contra los amonitas, será para el Señor, y lo ofreceré en holocausto.»

Luego marchó a la guerra contra los amonitas. El Señor se los entregó; los derrotó desde Aroer hasta la entrada de Minit (veinte pueblos) y hasta Pradoviñas. Fue una gran derrota, y los amonitas quedaron sujetos a Israel. Jefé volvió a su casa de Atalaya. Y fue precisamente su hija quien salió a recibirlo, con panderos y danzas; su hija única, pues Jefé no tenía más hijos o hijas.

En cuanto la vio, se rasgó la túnica, gritando: «¡Ay, hija mía, qué desdichado soy! Tú eres mi desdicha, porque hice una promesa al Señor y no puedo volverme atrás.»

Ella le dijo: «Padre, si hiciste una promesa al Señor, cumple lo que prometiste, ya que el Señor te ha permitido vengarte de tus enemigos.» Y le pidió a su padre: «Dame este permiso: déjame andar dos meses por los montes, llorando con mis amigas, porque quedaré virgen.»

Su padre le dijo: «Vete.»

Y la dejó marchar dos meses, y anduvo con sus amigas por los montes, llorando porque iba a quedar virgen. Acabado el plazo de los dos meses, volvió a casa, y su padre cumplió con ella el voto que habla hecho.

Salmo

Sal 39,5.7-8a.8b-9.10 R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad

Dichoso el hombre que ha puesto
su confianza en el Señor,
y no acude a los ídólatras,
que se extravían con engaños. R/.

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides sacrificio expiatorio,
entonces yo digo: «Aquí estoy.» R/.

-Como está escrito en mi libro-
«para hacer tu voluntad».
Dios mío, lo quiero,
y llevo tu ley en las entrañas. R/.

He proclamado tu salvación
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios:
Señor, tú lo sabes. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 22,1-14

En aquel tiempo, de nuevo tomó Jesús la palabra y habló en parábolas a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: «El reino de los cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. Mandó criados para que avisaran a los convidados a la boda, pero no quisieron ir. Volvió a mandar criados, encargándoles que les dijeran: "Tengo preparado el banquete, he matado terneros y reses cebadas,

y todo está a punto. Venid a la boda." Los convidados no hicieron caso; uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios; los demás les echaron mano a los criados y los maltrataron hasta matarlos. El rey montó en cólera, envió sus tropas, que acabaron con aquellos asesinos y prendieron fuego a la ciudad. Luego dijo a sus criados: "La boda está preparada, pero los convidados no se la merecían. Id ahora a los cruces de los caminos, y a todos los que encontréis, convidadlos a la boda." Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos. La sala del banquete se llenó de comensales. Cuando el rey entró a saludar a los comensales, reparó en uno que no llevaba traje de fiesta y le dijo: "Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestirse de fiesta?" El otro no abrió la boca. Entonces el rey dijo a los camareros: "Atadlo de pies y manos y arrojadlo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes." Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos.»

Reflexión del Evangelio de hoy

La victoria viene del Señor, no de nuestras fuerzas

Hoy he de comenzar confesando mi desconcierto ante la primera lectura que la liturgia nos ofrece para alimentarnos de la Palabra de Dios. Las cuestiones más inmediatas que me surgen al leerla son de tipo tan pragmático como el deseo de comprender qué espera la Iglesia que podamos descubrir en este relato que pueda ayudarnos a edificar nuestra vida desde la fe en el Dios de Jesús.

He pasado varios días dando vueltas al relato, tratando de vislumbrar alguna lucecita que me permitiera encontrar la aplicación a mi vida. No lo he conseguido.

Cierto que yo escucho esa palabra desde una cultura, una historia y unas circunstancias concretas que no son universalizables. Cierto también que el contexto tiene una importante función para comprender un relato que se presenta como "histórico". Pero nada de todo eso me ha dado argumentos para asumir que el "espíritu del Señor" llevó a Jefé a hacer la promesa de ofrecer en holocausto a la primera persona que saliera a recibirle tras una victoria militar. Lo que sí sabemos es que ese tipo de prácticas no son compatibles con la progresiva manifestación de Dios a su pueblo, y chocan frontalmente con la esencia del planteamiento que Jesús hace sobre la vida humana y el Reino de Dios.

Por ello me resulta difícil defender la indudable fidelidad de Jefé a su promesa, la aceptación de su hija... todo el relato se presenta ante mí como un cúmulo de despropósitos sucesivos a los que por desgracia en ningún momento se pone fin.

Sólo una convicción de Jefé siento que es aplicable a todo tiempo y lugar. La victoria, el éxito, el triunfo... desprovistos de todos los aspectos de lucha, competencia, venganza... no son cosa de nuestras propias fuerzas, sino don del Señor que nos capacita para afrontar con dignidad la propia vida.

Todos estamos invitados al banquete

La parábola de los invitados al convite de las bodas, contada por Mateo con significativas diferencias a la narrada por Lucas, nos sitúa ante dos cuestiones clave, que con variantes muy diversas se nos presentan no pocas veces en la vida.

1. La invitación al banquete que el Señor prepara es para todos. Con independencia de que la parábola presente unos primeros destinatarios de la invitación (inevitable cuando la imagen utilizada es la de un banquete), aparecen en ella todas las posibles "listas" de invitados que se podían pensar. Llamada universal, que nos invita a sentirnos incluidos sea cual sea nuestra situación en cada momento de la vida, y también a evitar la tentación de considerar que en principio puede haber grupos de excluidos de esa invitación. Ambas cosas parecen elementales y fáciles de entender, pero con frecuencia resultan más difíciles de vivir a fondo, de experimentar como gracia.

2. Estar invitados no nos obliga a asistir a ese banquete. El inabarcable tema de nuestra libertad. Mil razones y argumentos nos pueden inclinar a elegir otros caminos diferentes, a considerar que la vida puede ser más rica o más plena vivida al margen de esa invitación...

Que la enigmática frase con que Mateo termina la parábola, objeto de múltiples reflexiones de los especialistas, no nos sumerja en cavilaciones a las que es difícil encontrar respuesta, sino que nos mueva a desear tener el "traje apropiado", la actitud adecuada para participar con alegría del banquete al que estamos invitados. Y que encontraría una perfecta traducción en la respuesta que hoy nos propone el salmo responsorial: "Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad".



Hna. Gotzone Mezo Aranzibia O.P.
Congregación Romana de Santo Domingo

San Bernardo de Claraval

San Bernardo de Claraval

*Abad, doctor de la Iglesia
Castillo de Fontaines (Borgoña, Francia), 1090 – Claraval, 20-agosto-1153*

San Bernardo de Claraval fue el gran contemplativo que llenó todo el siglo XII con obras admirables de apostolado en diversos campos, Fue un alma que vivió en radicalidad su vocación monástica centrada totalmente en Cristo, de la que derivaron sus grandes actuaciones a favor de la sociedad de aquellos tiempos, aquejada de profundas lacras.

En el Mundo

Nacido en el castillo de Fontaines —Borgoña— en el año 1090, fue el tercero de seis hermanos con que Dios bendijo el hogar de Tescelín y Alicia de Montbar. Poco sabemos de su infancia, fuera de algunas leyendas en las cuales no es posible detenerse. Sólo nos fijaremos en la acaecida en Chatillón una noche de Navidad, cuando era muy pequeño. Habiendo llegado con sus padres demasiado pronto, se quedó dormido. Entonces se desplegó ante su alma angelical el misterio de Belén y contempló al Niño recién nacido en brazos de su Madre. De esta visión imaginaria arranca aquella dulzura que depositará luego en sus escritos, mereciendo el título de Doctor Meliflúo.

Pocos años hacía que el Cister había comenzado a irradiar celebridad en la comarca, bajo un ideal de vida santa tan austero, que pocos se comprometían a entrar por aquel camino estrecho. El abad Esteban Harding temía por el porvenir de su obra, Pero Dios suscitó a Bernardo, quien, puesto al habla con él y lograda su admisión en Cister, comenzó a hacer un intenso apostolado vocacional. No es fácil encontrar un pretendiente a la vida religiosa que haya tenido la osadía de iniciar una campaña semejante con tan felices resultados. Bernardo la puso en marcha entre sus amigos y parientes y tales razones les expuso que arrastraba a todos de manera irresistible.

Abad de Claraval

Llegado el día prefijado, se presentó Bernardo en Cister seguido de treinta candidatos; todos abrazaron la vida religiosa con ansias de verdadera entrega, y todos perseveraron fieles en su vocación... Gracias a él y a sus compañeros, la Orden del Cister se consolidó y propagó a la mayor parte de las naciones europeas, hasta el punto de considerarle muchos como fundador del Cister. Bernardo le comunicó un impulso espectacular, de los más grandes que se conocen en la Iglesia, porque las vocaciones continuaron afluyendo al Cister, hasta el punto de que ya en 1113 fue preciso hacer la primera fundación en la Ferté. Al año siguiente surgía la segunda, Pontigny, y en 1115 salía la tercera, Claraval, a cuyo frente puso San Esteban a Bernardo, recién salido del noviciado, con sólo 25 años. El tiempo demostró el gran acierto de Esteban en elegirle para capitanear aquel grupo de monjes que echaron los cimientos de esta abadía, una de las más célebres de todos los tiempos. A pesar de ser una persona enfermiza, el joven abad llegaría a ser una auténtica lumbrera de la Iglesia.

Claraval sería durante siglos foco potente de irradiación espiritual, cuyo benéfico influjo se extendió a toda Europa. San Bernardo inmortalizó su abadía: es el gran propagador del monacato en el siglo XII, el reformador de costumbres, la personificación más genuina de la orden. A su lado se forjaron legiones de monjes que llevarían a todas partes un considerable bagaje de experiencias en los caminos de Dios, así como en el campo de la cultura, del arte y en el trabajo agrícola. La labor colonizadora de los monjes del Cister puede situarse entre las más brillantes que se han visto en el campo monástico de todos los tiempos. Cuando falleció, el 20 de agosto de 1153, dejaba tras de sí más de cincuenta abadías fundadas de nueva planta, y otras tantas recibidas en filiación de distintas observancias.

Digamos no obstante, que no todo fue perfecto en él. Las excesivas penitencias a que se entregó en sus primeros tiempos de formación, estragaron de tal manera su salud, que toda su vida tendría que lamentar sus consecuencias, por haber quedado su naturaleza muy debilitada. Además, en sus primeros tiempos de abad, podemos decir que participaba algo del proceder de un excesivo integrista en el sentido de que quería a sus hijos tan perfectos, que no concebía que se dieran en ellos faltas provenientes de la flaqueza humana. En consecuencia estaba convirtiendo Claraval en un verdadero purgatorio, pero tenía la particularidad de ser hombre humilde y comprensivo: escuchó las advertencias de los monjes avezados en años y curtidos en la virtud, que le recordaron que aquel no era el camino a seguir, que no estaba entre ángeles, sino entre criaturas débiles e imperfectas que trataban de conseguir la virtud. Escuchó tales amonestaciones cariñosas, cambió de proceder, y luego llegó a hacer esta confidencia: «Si la misericordia fuera pecado, yo no me podría salvar».

Hombre de Iglesia

Bernardo hubiera deseado permanecer en su monasterio dedicado a la contemplación. Para eso abandonó el mundo y se retiró al claustro. Pero la Iglesia contaba con Bernardo en el turbulento siglo XII para asegurar el orden, la paz y la ortodoxia.

Dentro del mundo monástico, Bernardo ha de intervenir en las luchas entre cluniacenses y cistercienses. Su obra Apología da por zanjada la cuestión, a base de una sabiduría que no es de este mundo y una humildad propia de los santos.

En cuestiones de vida eclesial, Bernardo asiste al Concilio de Troyes, que afrontaba el asunto delicado de la organización de la vida y la regla de los templarios. Es Bernardo quien lleva la voz cantante, que todos aceptan como lo más idóneo. Mucho más grave fue el Cisma del antipapa Anacleto II frente al papa Inocencio II. Con gran habilidad y amor a la Iglesia, Bernardo logró que el antipapa pidiera perdón al papa y la Iglesia recobrara su unidad. Pero su intervención en la vida y el magisterio de los papas llegó a su culmen cuando fue elegido para obispo de Roma el abad cisterciense Eugenio de Pisa, que tendría por nombre Eugenio III. Aunque por una parte se pone en su sitio

– «Ya no me atrevo a llamaros hijo, pues el hijo se ha convertido en padre» –, no tiene ningún reparo en decirle que debe llevar a cabo la urgente reforma del clero y de la vida de la Iglesia en todos sus estamentos.

El mismo papa Eugenio III no encontró en toda la Iglesia a nadie más idóneo para predicar la Segunda Cruzada, a fin de rescatar los Santos Lugares del dominio musulmán. En marzo de 1146, en la asamblea de Vézelay, ante los reyes de Francia, obispos, abades y caballeros de toda la cristiandad, leyó Bernardo la bula del papa, y con tal elocuencia habló después a los asistentes que, desde los reyes hasta los guerreros de profesión, pasando por los nobles, se alistaron en la Cruzada en nombre del Señor. Luego recorrería gran parte de Europa – un hombre de salud quebrantada y con más de cincuenta y seis años – para enardecer a las multitudes y lograr el resultado que el papa sintetiza con estas palabras: «Las ciudades y los castillos quedan vacíos, y apenas se hallará un hombre por cada siete mujeres. Europa se lanza con sus mejores fuerzas a la conquista de Tierra Santa».

Finalmente, Bernardo actúa como defensor de la verdad, frente a los errores de su tiempo. Así, en el Concilio de Sens, el abad de Claraval señala públicamente diecisiete proposiciones erróneas de Abelardo sobre artículos del credo católico, desde la Trinidad hasta la moral cristiana, y Abelardo acepta el veredicto de Bernardo y somete su doctrina a los criterios católicos expuestos por el santo. Asimismo, el discípulo de Abelardo, Gilberto de La Porrée, reconoció sus errores, puestos de manifiesto por Bernardo en el Concilio de Reims.

Espiritualidad y Teología

Los dos años transcurridos en Cister, en la escuela de Esteban Harding, fueron suficientes para forjar en Bernardo una espiritualidad sólida que se iría consolidando con el correr de los años, merced a una meditación asidua de la Palabra de Dios, que la convertiría en vida propia, y a la fidelidad exquisita al soplo del Espíritu, que se derramaba efusivo en su alma por medio de gracias abundantes. Los amores del corazón de Bernardo se centraron en todo aquello que era capaz de llevar las almas a Dios. Pero entre esos grandes amores, había un binomio que resaltaba por encima de todos, mejor dicho, los aglutinaba en apretado haz, eran Cristo y María.

Sí el Apóstol de las gentes proclamaba ante sus discípulos que su «vivir era Cristo, San Bernardo no lo decía con palabras, lo manifestaban sus obras de fidelidad a la gracia, lo pregonaban a diario aquel celo proselitista que le distinguía, aquella ansia de llevar las almas al Redentor. Todos sus misterios le son familiares, en su contemplación se sumerge cada día, y de ellos extrae sin cesar material para alimentar la vida espiritual de sus monjes.

El monje Medardo, abad de un monasterio próximo a Claraval, contó a sus monjes que cierto religioso —todos creyeron que se refería a sí mismo— tuvo la dicha de presenciar un día a San Bernardo arrodillado devotamente delante de un Santo Cristo «al que besaba con toda devoción», y vio cómo Cristo desprendió sus brazos de la cruz y estrechaba al santo contra su pecho. El monje, estupefacto ante aquel prodigio inaudito, no quiso acercarse para no interrumpir aquella intimidad con Cristo, o darle a entender que le estaba espiando, y se retiró en silencio, pensando que «aquel santo hombre por su oración y su vida era verdaderamente sobrehumano» (Exordio magno, 2, 7). Ribalta, inmortalizó esta escena en un precioso cuadro que se puede contemplar en el Museo del Prado de Madrid.

Hubo en Claraval un monje joven que, cediendo a los consejos de un familiar suyo –en una de las prolongadas ausencias de Bernardo– salió al mundo y se hizo clérigo regular. Al volver el santo y encontrarse con aquella novedad desagradable, le escribió una carta en que desahoga sus sentimientos paternos, y nos descubre algunos quilates de ese amor acendrado a Cristo. Citamos unos conceptos: «¡Qué pena! ¿Cómo te has cansado tan pronto de Cristo, cuando está escrito de él: Miel y leche debajo de su lengua? No comprendo cómo el sabor de una comida tan dulce te produzca náuseas, en el caso de que llegaras a gustar qué dulce es el Señor. Pero estoy seguro de que aún no lo has gustado e ignoras a qué sabe Cristo; por eso no te apetece, por no haberlo experimentado. Y si lo has gustado y no te supo a miel, es señal de que no tienes normal el paladar. Porque él, que es la misma sabiduría de Dios, dice: El que me come tendrá más hambre, y el que me bebe, tendrá más sed. Mas, ¿cómo puede tener hambre y sed de Cristo, quien se sacia cada día con bellotas de los cerdos? No se puede beber a la vez el cáliz de Cristo y el cáliz de los demonios...»

Bernardo y María

Si Bernardo fue un amante apasionado de Cristo, no menos lo fue de la Virgen Madre: son dos amores inseparables, habiendo vivido intensamente la filiación mariana y enseñado a las almas los caminos seguros para llegar a poder vivirla también. Es uno de los escritores marianos que más han influido en el fomento de la piedad mariana de todos los tiempos, en la nutrición de la devoción mariana universal de todos los tiempos.

La devoción mariana era lo que más inculcaba a sus hijos. No es de extrañar que Bernardo la llevara muy prendida en su alma y se le aumentara al ingresar en el Cister. Hablar de María es para San Bernardo un gran placer, constituye una delicia que llena y transforma su ser... En su concepto María es el camino más recto y seguro para acercarnos a Jesús, cuando dice: «Ya habéis advertido, si no me engaño, que la Virgen es el camino real por donde viene el Salvador... Teniendo, pues, ya a la vista el camino, procuremos también nosotros, amadísimos, subir por él al mismo Señor que por ella bajó a nosotros y venir por ella a la gracia del mismo que por ella vino a nuestra miseria».

En el sermón de la Asunción, San Bernardo..., gozándose de la maternidad con el honor de la virginidad, nos descubre preciosidades inauditas encerradas en el corazón de la Virgen: «Una cosa hay en la cual no tuvo antes semejante ni la tendrá jamás, es el haberse juntado en ella los gozos de la maternidad con el honor de la virginidad. Esta idea de la maternidad divina la lleva el santo tan metida en el alma, que hablando a sus monjes, se expresaba en estos términos: «Que sea Virgen y Madre una misma, es cosa indudablemente admirable y singular. Jamás se oyó decir que una virgen diera a luz, ni que una madre permaneciese virgen. Nunca, según el orden de las cosas, se halla la virginidad donde está la fecundidad, ni la fecundidad donde se conserva íntegra la virginidad. Ésta es única en quien la fecundidad y virginidad se abrazaron mutuamente. En María se hizo una vez lo que nunca fue hecho ni se hará jamás; porque ella es la que no tiene primera semejante, ni segunda que la siga».

Quizá la nota más destacada en el santo es su insistencia reiterada en defender por todos los medios la perpetua virginidad de María,

antes del parto, en el parto y después del parto. Con qué delicadeza, con qué finura y respeto trata este punto el Doctor Meliflúo, cuando nos pondera la sublimidad de Cristo, en su modo de comportarse con aquella Madre que dio el sí generoso a la obra redentora no obstante su propósito firme de permanecer virgen: «¿A quién podrá parecer áspero aquel que a su misma Madre no le ocasionó la menor molestia ni lesión en el momento de su nacimiento?» «¡Oh milagros verdaderamente nuevos! La concepción fue sin menoscabo del pudor, el alumbramiento sin dolor. La maldición de Eva se mudó en nuestra Virgen, por haber dado a luz a su hijo sin dolor; se mudó, repito, la maldición en bendición, como había sido predicho por su prima Isabel: Bendita tú entre las mujeres».

La estrella del mar

Si San Bernardo supo adentrarse como pocos en las profundidades inconmensurables del nombre de Jesús, algo parecido le sucede cuando escribe respecto del dulce nombre de María, acertando a extraer de él preciosidades sin cuento, que recreaban su alma y la hacían arder en llamaradas de amor intenso hacia la Virgen Madre. En el nombre de María supo encontrar un verdadero hontanar de gracias, un revulsivo contra todos los achaques de que está tan atosigada la naturaleza humana. Dice San Bernardo: «¡Oh!, quienquiera que tú seas, el que en la impetuosa corriente de este mundo te miras más bien fluctuar entre borrascas y tempestades, que andar por tierra firme, no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si no quieres verte sumergido bajo las aguas.

»Si se levantan vientos de tentaciones, si tropezares en escollos de tribulaciones: mira a la estrella, invoca a María. Si te ves sacudido por las olas de la soberbia, de la detracción, de la ambición o de la envidia, mira a la estrella, invoca a María.

»Si la ira, la avaricia, el deleite carnal, sacudieren con furia la navecilla de tu alma, vuelve los ojos a María.

»Si, turbado ante el recuerdo de tus enormes pecados, o aturdido por la deformidad de tu conciencia, o aterrado ante el pavor del juicio, comienzas a sumergirte en la sima sin fondo de la tristeza o en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las cosas dudosas, piensa en María, invoca a María. Que María no se aparte de tu boca, que no se aparte de tu corazón, y a fin de obtener los sufragios de su intercesión, no te apartes de los ejemplos de su vida.

»Si la sigues, no te descaminarás; si recurres a ella, no te desesperarás; si en ella piensas, no te perderás; si ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; si te dejas llevar por ella, no te fatigarás; si ella te ampara, llegarás felizmente al puerto. Así experimentarás en ti mismo con cuánta razón se dijo: Y el nombre de la Virgen era María.»

Damián Yáñez, O.C.S.O.

Vie
21
Ago
2015

Evangelio del día

Vigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: San Pío X (21 de Agosto)

“Dichoso el que espera en el Señor”

Primera lectura

Comienzo del libro de Rut 1,1.3-6 14b-16.22

En tiempo de los jueces, hubo hambre en el país, y un hombre emigró, con su mujer Noemí y sus dos hijos, desde Belén de Judá a la campiña de Moab. Elimelec, el marido de Noemí, murió, y quedaron con ella sus dos hijos, que se casaron con dos mujeres moabitas: una se llamaba Orfá y la otra Rut. Pero, al cabo de diez años de residir allí, murieron también los dos hijos, y la mujer se quedó sin marido y sin hijos. Al enterarse de que el Señor habla atendido a su pueblo dándole pan, Noemí, con sus dos nueras, emprendió el camino de vuelta desde la campiña de Moab. Orfá se despidió de su suegra y volvió a su pueblo, mientras que Rut se quedó con Noemí.

Noemí le dijo: «Mira, tu cuñada se ha vuelto a su pueblo y a su dios. Vuélvete tú con ella.»

Pero Rut contestó: «No insistas en que te deje y me vuelva. Donde tú vayas, iré yo; donde tú vivas, viviré yo; tu pueblo es el mío, tu Dios es mi Dios.»

Así fue como Noemí, con su nuera Rut, la moabita, volvió de la campiña de Moab. Empezaba la siega de la cebada cuando llegaron a Belén.

Salmo

Sal 145,5-6ab.6c-7.8-9a.9be-10 R/. Alaba, alma mía, al Señor

Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob,
el que espera en el Señor, su Dios,
que hizo el cielo y la tierra,
el mar y cuanto hay en él. R/.

Que mantiene su fidelidad perpetuamente,

que hace justicia a los oprimidos,
que da pan a los hambrientos.
El Señor liberta a los cautivos. R/.

El Señor abre los ojos al ciego,
el Señor endereza a los que ya se doblan,
el Señor ama a los justos.
El Señor guarda a los peregrinos. R/.

Sustenta al huérfano y a la viuda
y trastorna el camino de los malvados.
El Señor reina eternamente,
tu Dios, Sión, de edad en edad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 22,34-40

En aquel tiempo, los fariseos, al oír que Jesús habla hecho callar a los saduceos, formaron grupo, y uno de ellos, que era experto en la Ley, le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?»
Él le dijo: «"Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser." Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo." Estos dos mandamientos sostienen la Ley entera y los profetas.»

Reflexión del Evangelio de hoy

1ª Lectura : " Tu Dios será mi Dios"

Fidelidad, infidelidad, pérdidas, muertes de seres queridos, escasez, migraciones, falta de comida, futuro incierto, debilidad, dolor, angustia, idolatría, sufrimiento...conversión. Todo esto aparece en esta primera lectura en el relato del libro de Rut, y aunque esto ocurrió hace muchos siglos, al fondo no está muy lejos de nosotros porque el corazón humano es igual ayer, hoy y siempre.

En esta historia cabe destacar tres personajes: Noemí y sus dos nueras, Rut y Orpá. Diez años lejos de la tierra prometida han sido suficientes para que Noemí experimentara que lejos de Dios sólo hay amargura y desolación, lejos de Dios no hay vida. Ella ha perdido todo, su marido, sus hijos...Se siente sola, viuda y en tierra extranjera. Dios nos deja siempre libres y en nuestra libertad podemos alejarnos del que es nuestro Hacedor.

Nos dice la Escritura: "La paciencia de Dios es nuestra salvación". Dios comprende nuestra debilidad y como un padre bueno espera que volvamos de nuevo a Él. Como el hijo pródigo retorna a la casa del padre, así Noemí se pondrá en camino de vuelta a Belén, tierra de salvación. La cruz y el sufrimiento es lo que nos hace volver a Dios.

Gran contraste entre las dos nueras de Noemí. Orpá se rige por la razón y no por la fe, ella volverá a su pueblo y a sus dioses. Hay gente que se conforma con una vida chata y vive de tejas para abajo, sin tener presente que existe el Cielo y la Vida Eterna.

Por el contrario, Rut acoge la fe de Noemí, sigue la llamada de Dios y, fiada en el Señor, sale de su tierra, como Abrahán. Rut es símbolo de la obediencia y disponibilidad de los paganos a abandonar la vaciedad de los ídolos para seguir el camino de la fe y ser fiel al único Dios verdadero.

Y ahora pensemos, ¿en cuál de estos personajes nos vemos reflejados?

¡ Que el Señor nos conceda serle siempre fieles, incluso en los momentos de conflicto interior!

Evangelio: "Amarás al Señor tu Dios y al prójimo como a ti mismo"

El evangelista nos habla hoy de la principal regla del cristiano: Amar a Dios y amar al prójimo. Para poner en práctica este mandamiento, lo primero que tenemos que hacer es amarnos a nosotros mismos, porque quien no se ama así mismo es incapaz de darse a los demás e incapaz de descubrir a Dios en el prójimo. Aunque hay que decir que lo que verdaderamente nos ayuda a amarnos a nosotros mismos es el sentirnos amados incondicionalmente por Dios.

La Sagrada Escritura nos enseña que el amor a Dios no puede separarse del amor al prójimo, lo dice San Juan: "Quien no puede amar a su hermano a quien ve no puede amar a Dios a quien no ve".

Por nuestras propias fuerzas es imposible amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, o mejor dicho, como deberíamos amarnos a nosotros mismos, porque no siempre nos amamos bien. San Pablo nos dice que amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones, éste amor es el que nos capacita para amar a nuestro prójimo.

"Ama y haz lo que quieras. Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor...¡Señor que esté en mí la raíz del amor, porque de esa raíz no puede brotar sino el bien" (San Agustín).

El Papa Pío X, cuya memoria celebramos hoy, tenía un profundísimo amor a Dios, y esto lo mostró en su gran caridad hacia el prójimo, especialmente en los más necesitados.

MM. Dominicas



errio de Sta. Ana (Murcia)

San Pío X

[De nombre José Melchor Sarto, fue ordenado sacerdote en 1858, y consagrado obispo de Mantua en 1884. El 12 de junio de 1893 es nombrado cardenal y trasladado al patriarcado de Venecia.]

Papa

Cuando murió el papa León XIII, en julio de 1913, después de un largo pontificado, Sarto era un cardenal modesto, sin especial significado dentro del colegio cardenalicio y nadie -y menos él- pensaba o hablaba de él como futuro papa. Pero tenía mejor fama de lo que él sospechaba, y aunque al principio el cónclave pareció dirigirse a la elección del cardenal Rampolla, no faltaron algunos votos por Sarto, que él se tomó con buen humor.

El vuelco del cónclave se produjo cuando el cardenal Puzyna, en nombre del emperador Francisco José I de Austria, interpuso veto a la elección de Rampolla. La reacción de los cardenales no fue la de apoyar al vetado, sino que empezaron a pensar en otro candidato, sin que se consolidase el que hasta entonces venía detrás de Rampolla. Poco a poco los votos se fueron sumando a Sarto y éste se encontró con la posibilidad real de que iban a elegirlo papa. Sano lloró y pidió que pensarán en otro: no se sentía preparado para tal carga, dado el concepto humilde que tenía de sí mismo. Y esta humildad, que se puso de manifiesto en la sinceridad con que rechazaba el pontificado, sirvió para que finalmente los votos necesarios confluyeran en él. El 4 de agosto de 1903 se producía la elección. Sarto respondía: Acepto el papado como una cruz. Y tomó el nombre de Pío X en honor a los papas que, con el nombre de Pío, desde la revolución francesa tanto habían sufrido por la Iglesia. Tomó como lema: Instaurar todas las cosas en Cristo. Y dejó claro el programa de su pontificado en la encíclica *E supremi apostolatus Cathedra*, del 4 de octubre de 1903.

A veces se resume el pontificado de San Pío X aludiendo a su ruptura con Francia y a su ataque al llamado modernismo. Y no es justo. Porque es cierto que en aras de la independencia de la Iglesia se mantuvo firme con la República francesa y ésta se orientó a un laicismo tremendo que hizo padecer mucho a la Iglesia y como resultado del cual la Iglesia perdió para siempre su influencia sobre la sociedad francesa. Y es cierto que, viendo en el modernismo un resumen de todas las herejías, lo combatió de forma implacable, pero San Pío X fue un verdadero pastor y un gran reformador de la vida católica, a la que llamó a nuevos impulsos, a proponerse nuevas metas y saber estar en medio de una sociedad que renegaba de Dios de forma tan clara.

Sobre la sede de Pedro brillaron en San Pío X todas las virtudes que ya había practicado en la parroquia y en la diócesis, pero ahora el candelero era más alto y su luz se difundía más ampliamente. Tenía una fidelidad heroica a los principios y pensaba en la Iglesia sobre todo a partir de su misión atemporal, que debe ejercer lo mismo en los tiempos favorables que en los de tribulación, y creía firmemente que la Iglesia tiene de suyo recursos morales y culturales como para bastarle su propia tradición sin tener que acudir a préstamos del mundo moderno. El papa hacía gala de una fortaleza moral que recordaba la de los mártires. Y creyó en conciencia que el depósito mismo de la fe era puesto en peligro gravísimo por el modernismo, y de ahí su reacción, una reacción brotada del más estricto sentido del deber.

San Pío X reformó muchas cosas, sin tener miedo de qué cosas necesitasen reforma. Y así modificó la curia romana dándole una nueva estructura. Igualmente introdujo reformas en el calendario, en el breviario y en otros aspectos de la liturgia. Promulgó normas sobre la edad, más temprana de la primera comunión de los niños y sobre la comunión frecuente, que alejaron de la Iglesia los restos del jansenismo. Impulsó la música sacra, recuperando para ella el sentido religioso y alejando los modos profanos que se habían introducido. Dio a la parroquia la principalidad que tiene en el fomento de la vida cristiana. Con ayuda de monseñor Casparri, el futuro cardenal, Pío X acometió la codificación del derecho canónico, aunque moriría sin haber podido promulgar el código, cosa que haría su sucesor Benedicto XV. Formó una comisión para promover los estudios bíblicos, cuya primera tarea era la revisión del texto de la Vulgata y en 1909 fundó el Pontificio Instituto Bíblico, encomendado a la Compañía de Jesús. Dio diferentes y oportunas normas sobre el catecismo y se publicó uno con su nombre.

[...] Pío X vio venir la Primera Guerra Mundial y se dio cuenta de los horrores que iba a significar y de su inutilidad para solventar los problemas sociales y políticos de su tiempo, e hizo los esfuerzos que estaban a su alcance para impedir la guerra. Sobre su apoyo a Austria circulan versiones contradictorias, una de ellas, la de que se negó a bendecir al ejército austriaco, diciendo que él bendecía la paz y no la guerra. Ciertamente el 2 de agosto de 1914 lanzó un llamamiento manifestando su dolor personal ante la inminencia del conflicto y solicitó de los católicos sus más fervorosas oraciones por la causa de la paz.

Se dice que la declaración de la guerra arruinó definitivamente la salud del papa. Se sintió ante ella sumamente triste y dolorido. Una bronquitis le condujo a la muerte el día 20 de agosto de 1914.

Glorificación

Pío X gozó en vida de gran fama de santidad. Todos los que lo trataron estuvieron de acuerdo en que la conciencia del papa era immaculada, su bondad no tenía límites, su humildad era sincera, su pobreza voluntaria la había llevado adelante incluso en el papado, no beneficiándose en riada de la nueva situación. No quiso tener consigo a sus hermanas en el palacio apostólico, sino que les buscó una casita en Roma, y les pasó una modesta pensión. En su testamento simplemente las encomienda a la caridad de su sucesor. Se negó a que su familia fuera ennoblecida ni llevaran sus parientes títulos pontificios, diciendo que ellos eran simplemente los familiares del papa. Todos exaltan su caridad sin límites, pues no podía enterarse de una necesidad sin intentar en seguida remediarla, desprendiéndose de todo lo suyo con enorme facilidad y viviendo por ello siempre en carencia de fondos. Hospitales y casas de beneficencia romanos aprendieron bien la eficaz y generosa caridad del papa. Había aprendido a vivir de la forma más austera. Había sido un alma de continua oración y diálogo con el Señor y había dado un alto ejemplo de servicio desinteresado y generoso a la Iglesia.

Millones de fieles veían en Pío X al hombre santo que había acertado con la renovación espiritual de la Iglesia. Sus normas prácticas sobre confesión y comunión, sobre primeras comuniones, sobre las misas dominicales y la música, su catecismo, su impulso a la Acción católica, a la caridad con los pobres y otras muchas cosas habían dejado en los fieles la sensación de haber tenido al frente de la Iglesia a un verdadero santo.

La introducción de su causa de beatificación tuvo lugar el año 1923 y en su proceso se estudió cuanto había hecho y dicho, quedando clara su buena fe y voluntad y su unión con Dios. Por ello, aprobados dos milagros, fue beatificado en 1951, procediéndose a su canonización el 29 de mayo de 1954. Era el primer papa canonizado después de San Pío V. Su cuerpo reposa ahora debajo del altar de la capilla de la Presentación en la basílica vaticana, donde puede ser visitado y venerado por los fieles.

José Luis Repetto Betes

Sáb
22
Ago
2015

Evangelio del día

Vigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: Santa María Reina (22 de Agosto)

“Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo”

Primera lectura

Lectura del libro de Rut 2,1-3.8-11;4,13-17

Noemí tenía, por parte de su marido, un pariente de muy buena posición, llamado Boaz, de la familia de Elimelec.

Rut, la moabita, dijo a su suegra Noemí: «Déjame ir al campo, a espigar donde me admitan por caridad.»

Noemí le respondió: «Anda, hija.»

Ella marchó y fue a espigar en las tierras, siguiendo a los segadores. Fue a una de las tierras de Boaz, de la familia de Elimelec.

Boaz dijo a Rut: «Escucha, hija. No vayas a espigar a otra parte, no te vayas de aquí ni te alejes de mis tierras. Fíjate en qué tierra siegan los hombres y sigue a las espigadoras. Dejo dicho a mis criados que no te molesten. Cuando tengas sed, vete donde los botijos y bebe de lo que saquen los criados.»

Rut se echó, se postró ante él por tierra y le dijo: «Yo soy una forastera; ¿por qué te he caído en gracia y te has interesado por mí?»

Boaz respondió: «Me han contado todo lo que hiciste por tu suegra después que murió tu marido: que dejaste a tus padres y tu pueblo natal y has venido a vivir con gente desconocida.»

Así fue como Boaz se casó con Rut. Se unió a ella; el Señor hizo que Rut concibiera y diese a luz un hijo.

Las mujeres dijeron a Noemí: «Bendito sea Dios, que te ha dado hoy quien responda por ti. El nombre del difunto se pronunciará en Israel. Y el niño te será un descanso y una ayuda en tu vejez; pues te lo ha dado a luz tu nuera, la que tanto te quiere, que te vale más que siete hijos.»

Noemí tomó al niño, lo puso en su regazo y se encargó de criarlo.

Las vecinas le buscaban un nombre, diciendo: «¡Noemí ha tenido un niño!»

Y le pusieron por nombre Obed. Fue el padre de Jesé, padre de David.

Salmo

Sal 127,1-2.3.4.5 R/. Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor

Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien. R/.

Tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa. R/.

Ésta es la bendición del hombre
que teme al Señor. R/.

Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 23,1-12

En aquel tiempo, Jesús habló a la gente y a sus discípulos, diciendo: «En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen. Ellos lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar. Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y ensanchan las franjas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias por la calle y que la gente los llame maestros. Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno solo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar consejeros, porque uno solo es vuestro consejero, Cristo. El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Hoy celebramos a María en su advocación de “Reina”. Lo hacemos después de haber celebrado, hace una semana, su Asunción a los cielos y como conclusión y desenlace lógico de aquel misterio. El Concilio Vaticano II nos lo recuerda de forma solemne cuando dice: “La Inmaculada Virgen, al finalizar el curso de su vida terrena, fue asunta al cielo con su cuerpo y su alma y proclamada con gran alegría por el Señor como Reina del universo, pues estuvo plenamente unida a su Hijo” (LG, 59). La fiesta litúrgica fue instituida por Pío XII el 11 de octubre de 1954, al promulgar la Encíclica “Ad coeli Reginam”, al tiempo que coronaba la imagen de la “Virgen Salus Populi Romani” en la Basílica de Santa María la Mayor.

“Dios te salve, Reina”

En el Congreso Mariano de Zaragoza de 1940, hubo un teólogo que, ante los argumentos esgrimidos por el Papa Pío XI en su bula “Quas Primas” el 11 de diciembre de 1925 sobre la realeza de Jesucristo, dijo: “Si algún día juzgase oportuno la Iglesia proclamar en forma solemne y oficial la realeza de María, podría casi transcribir a la letra, en su justa medida y proporción, claro está, los principales argumentos de esta bula”.

Esto es lo que hizo Pío XII el 11 de octubre de 1954, proclamando la realeza de la Santísima Virgen. En su Encíclica podemos encontrar las razones teológicas y pastorales de la institución de este título mariano. Si la realeza de Cristo se funda en su “unión hipostática” y en la redención, la de María tiene su fundamento en el misterio de su Maternidad Divina y en el de su Corredención. Esto llevó a san Alfonso M^º de Liguori a afirmar: “María es Reina por su Hijo, con su Hijo y como su Hijo”. Por otra parte, si en la Anunciación, el ángel Gabriel anuncia a María que será Madre del Hijo del Altísimo, a quien el Señor Dios dará el trono de David, su padre, que reinará sobre la casa de Jacob y que su reino no tendrá fin, por lógica está anunciando que María es la Madre de ese Rey, Reina Madre.

“Dios te salve, Reina y Madre de misericordia. Dios te salve”

María, ciertamente, es Reina, pero no una Reina al uso, como las reinas de los reinos de este mundo. Más todavía, cuando sus hijas e hijos acuden a sus Santuarios, a sus Basílicas, a sus ermitas, la inmensa mayoría, si no todos, van más en busca de una madre que de una reina. No sé cómo compaginarán sus roles las reinas y, al mismo tiempo, madres, en este mundo. Pero lo que sí sé es que María no tiene problema alguno. Siempre es Reina y siempre es Madre, aunque, en el fondo y en la forma, prevalezca su maternidad, que, por otra parte, es la fuente de su realeza. Y no sólo ella no tiene problema alguno en ambos títulos; sus hijas e hijos, tampoco. Por eso, empiezan y acaban siempre cantando: “Dios te salve, Reina y Madre”.

¿Qué sentimientos mostrar ante María, Reina y Madre? Los de toda hija, los de todo hijo, bien nacidos. Sólo hace falta que sean sentimientos, es decir, que provengan del corazón de una hija o de un hijo en cuanto hijos. Sólo hace falta que se parezcan, aunque sea someramente, a los de María, a los que ella guardaba tan cuidadosamente en su corazón.

Que nos conceda un corazón donde consiga hospedarse el Espíritu, como lo hizo en el suyo, que pueda inspirarnos la forma de confiar filialmente en María, nuestra Madre, a modo de Reina, sabedores de que nunca hubo para un buen hijo reina más auténtica que su madre.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
La Virgen del Camino

Santa María Reina

Dios te salve, Reina y Madre... Reina de los ángeles, Reina de los patriarcas, Reina de los profetas, Reina de los apóstoles, Reina de los mártires, Reina de los que viven su fe, Reina de los que se conservan castos, Reina de todos los santos, Reina concebida sin pecado original, Reina elevada al cielo, Reina del Santísimo Rosario, Reina de la familia, Reina de la paz...

María quiso ser Virgen. Y Dios aceptó su deseo y la enriqueció con la maternidad divina, sin perder la virginidad. María nunca pensó en ser Reina. Pero Dios la colocó por encima de todos los coros celestiales, y los hombres de todos los siglos la aclaman como «Reina y Madre» en la «Salve». Y en la letanía lauretana, el título de Reina es la más reiterada proclamación.

Las letanías de la Virgen dejan de ser invocaciones suplicantes para hacerse en el cielo clamores de triunfo. Madre del Salvador, Virgen Poderosa, Espejo de justicia, Rosa mística... Resuena el Avemaría. ¡Dios te salve, llena de gracia...! El final se ha suprimido para siempre, porque en la gloria ya no hay «pecadores, y «la hora de la muerte» pasó ya.

Dios Padre recibe a su hija. Dios Espíritu Santo acoge a su esposa. Dios Hijo dice: «Ven Madre mía. Niño era, y me alimentabas y vestías... Tuve hambre y me diste de comer. Sed, y la apagaste. Después vinieron treinta años de vida oculta en Nazaret, la vida pública, la Cruz... Para ti, como para mí, no faltaron penalidades para así entrar en la gloria del Padre». [...]

Éxtasis de humildad en apoteosis de triunfo

Ahora se entreabre el cielo... Los desterrados de la tierra perciben a lo lejos la sinfonía suavísima de un rumor que se hace imponente. Enajenada de amor y gratitud a María, la Iglesia peregrina y crucificada se agrega jubilosa al coro de la gloria. Llena de ilusión y esperanza, exclama: «Los desterrados hijos de Eva, a ti suspiramos, en ti confiamos... Muéstranos a Jesús después de este destierro... Ruega por nosotros,».

Cesan los cánticos y la Virgen tararea rebotando gratitud estrofas de su himno predilecto: «Glorifica mi alma al Señor y salta de gozo mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque hizo en mí cosas grandes el Todopoderoso». Es el éxtasis de la humildad en la apoteosis del triunfo.

Después de este destierro, muéstranos a Jesús

Jesús subió al cielo el día de la Ascensión, María es elevada a la gloria en su Asunción. Nosotros entraremos también el día de nuestro triunfo. Pensamos muy poco en esta recompensa eterna. El Evangelio para algunos es un quitalegrías. Acervo de múltiples prohibiciones que hipotecan la libertad.

Muchos más bríos sentiríamos al pensar en la felicidad futura para conformarnos con la voluntad de Dios Padre... Miremos no sólo el camino, sino la meta final. La ruta es pedregosa y empinada, pero el fin es esplendoroso. «Poco durará la batalla, pero el fin es eterno... Allí todo se nos hará poco lo que se ha padecido, o nada en comparación de lo que se goza» (Santa Teresa).

«Canta y camina» (San Agustín). En el cielo está preparado tu trono. La palma está a punto. Un poco de paciencia todavía... Llegaremos al tránsito definitivo como hemos llegado al fin de tal año, que nos parecía tan largo. Salvaremos la última etapa como tantas otras dejadas atrás...

Pasará la gran tribulación de la tierra (cf. Ap 7, 14), Este mundo de dolores y muerte dará paso a un universo nuevo. «Nuevos cielos, nueva tierra» (2P 3, 13), en que Dios «será Todo en todos» (cf. 1Co 15, 28).

Canta mientras caminas, mirando a María... 'Hoy, la Virgen Inmaculada, limpia de todo afecto de tierra, llena de pensamientos de cielo, no volvió a la tierra. Siendo ya un cielo animado aquí, es llevada a los celestiales tabernáculos... ¿Cómo iba a morir aquella de la que nació la Vida para todos? ¿Cómo iba a corromperse el cuerpo que albergó la Vida? Cristo, Verdad y Vida, dijo: Donde yo estoy, allí estará mi servidor. Luego, con mayor razón, la Virgen tenía que estar donde él estuviese" (San Juan Damasceno).

La fiesta de María Reina fue instituida por el papa Pío XII. La reforma del Calendario Romano de Pablo VI decidió que se celebrara, con rango de memoria obligatoria, el 22 de agosto, octava de la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos.

Tomás Morales, S. J.

